

TRES Y EL FUEGO

In memoriam J.C.

ESTE MARCEL maneja como un demente, un día nos vamos a matar todos antes de llegar al lugar de los hechos. Cosa extraña, once años de servicio y nunca había sentido el fastidio de esta noche. Sonó el fierro y mientras se oía de fondo el altavoz, me alisté como siempre, con la celeridad automática que el entrenamiento le imprime al cuerpo. Pero por dentro nada de botas de goma, ni sirenas, ni balizas; esta noche, por dentro discurre un tiempo leve sobre fondo de sábanas blancas que moldean en la penumbra el cuerpo de Marie, todavía agitado junto al mío. Marie, dulce culpable de que la rutina de treparse a la cabina del camión y partir como desaforados hacia alguna parte de la ciudad sea hoy este hastío hundido en el asiento trasero, este no comprender cómo ahora el turno de veinticuatro horas se hace eterno frente a un cortísimo franco de cuarenta y ocho en el que con suerte podré verla y besarla otra vez. Por qué tanto correr y tensionarse por fuera cuando por dentro sólo tengo ganas de abrazarte, Marie; por dentro sólo existe un lazo de piernas

AQUÍ VAMOS DE NUEVO. Espero que no sea una falsa alarma. Mmm... por lo que informa la policía por radio, se ve que no. Ya llegaron al lugar, la cosa es seria. Qué semana de mierda. Seis salidas por nada, amargándome todo el camino, pensando qué demonios nos encontraremos al llegar al sitio del horrendo siniestro. Y resulta que la vieja que hizo el pedido de auxilio exageró "un poquito" y que el feroz incendio era un auto abandonado que se quema mansamente, con un fueguito que se apaga con un par de escupitajos y otras variantes por el estilo. El fierro, sonando, corridas, balizas, camiones lanzados como balas rojas por las calles, todo al vicio, qué semana. Y encima me vengo a enterar que... No, la puta madre, si caigo en eso, esto va a ser un desastre; mejor pensar qué hacer, dejar lo otro para después, concentrarse en los pasos a seguir: hay que coordinar a toda esta gente para que todo salga lo mejor posible. Si no miralo al chico, qué tenso está, cuando lleguemos no va a saber para dónde disparar, más vale que le preste atención. Radio: avisan que el edificio está

TANTO TIEMPO esperando esta salida, el sonido de la alarma y la acción repentina que prosigue a su llamado. Bautismo de fuego, propiamente dicho. Cuántos simulacros hubo que soportar hasta llegar a hoy, lo único que realmente importa... Bueno, no, el teniente Léger siempre nos dice que el entrenamiento es importantísimo, pero aun así todo bombero seguramente ansía el enfrentamiento con lo concreto, con las llamas verdaderas. La rutina del cuartel, los naipes en las horas libres, la fajina, todo eso es como una densa somnolencia que parece no terminar nunca, un aburrimiento mortal que uno desea se disipe con una campanada y una voz sonando a todo volumen por el altoparlante.

¿A qué viene entonces esta sensación en la boca del estómago? No tengo miedo, de eso estoy segurísimo. Aunque sea la primera vez que salgo a un incendio declarado. El nerviosismo normal en estos casos, tal vez, pero miedo no es, ¡no! Aunque no puedo negar que... bueno, algo debe haber, si bien este temor no sería por mí, claro, al fin y al cabo fui yo mismo el que eligió

bajo la sábana que lo dibuja, flotando en el aire con una fresca brisa nocturna.

Qué diferente era todo antes. La chata fajina del cuartel irritándome a punto tal que el salto que pegaba cuando sonaba el fierro era más alegría que presteza profesional. Y entonces salir pronto al rescate, imposible tener miedo cuando todo lo que se tiene para arriesgar en la vida es sólo la vida de uno mismo.

En cambio ahora, ahí estás, Marie, alcanzándome cosas desconocidas: el amor, bordado en tus labios húmedos a cada beso, reflejado en la novedad de una mirada envolvente y azul, descubierto en el silencio que nos abraza al abrazarnos. Y también el miedo, ese extraño que siempre me miró con respeto, de lejos, y que hoy se cruza de vereda con una sonrisa irónica para pedirme fuego. Cómo no tener miedo, Marie, ahora que llevo el zafiro de tu mirar incrustado en el pecho como una joya que se adora y se teme perder a manos de un ladrón piromaníaco. Por eso la campana y el altoparlante ya no son el brío valeroso; ahora les sobrevienen toda clase de presentimientos, la espantosa posibilidad de no volver a verte.

No sólo fue verte aquella primera vez; también fue estrechar tu mano cuando nos presentaron en la fiesta del cuartel, un cruce de miradas que no debió sostenerse tanto

evacuado por completo, sólo queda gente en el último piso, que es el que se está quemando. “¡Apúrate, Marcel, maldición!”. Mmm... Es el último piso, habrá que ver qué pasa con el hidroelevador. Suerte que atrás del autobomba viene el camión cisterna: si es como lo pintan por radio, esto puede demorar un rato largo. ¿Y el grupo de salvamento? ¿Cómo accederá al último piso? La gran perra, no hay caso, qué teniente ni teniente: ni siquiera siendo el más viejo del cuartel se puede saber qué mierda se debe hacer antes de llegar y evaluar la situación ahí mismo. La gran perra, sí, encima enterarme de lo de la gran perra, justo esta semana. Las cosas se juntan así a veces: todo en una misma semana o en un mismo día, como si el resto de las semanas o de los días fueran de relleno y lo único importante fuera ese momento en el que todo converge. Todas las semanas son una llovizna gris y pareja; una, de repente, es sol y tormenta al mismo tiempo. Pareciera que si tuviéramos que hacer un resumen de nuestra vida, contarla concentrada en pocas frases, bastaría con registrar brevemente sólo esos días. Se podría obviar el resto, páginas escritas para nada, para nadie.

Faltan nada más que unas pocas cuadras para llegar. Tengo que despejar estas telarañas de mi cerebro, no puedo darme el lujo de pensar pavadas como si estuviera bebiendo

esta profesión. Lo que me aterra, es pensar que minutos antes de que sonara el fierro, yo estaba deseando fervientemente que todo esto sucediera: quería que alguien hiciera un pedido de auxilio. Quizá por ahí me llega entonces este temblor viscoso en el vientre: no por miedo al riesgo físico (al fin y al cabo el teniente siempre dice que los entrenamientos se asemejan mucho a casi todas las variantes con las que puede contar un caso real); el miedo me acosa por otro lado, invade los espacios libres de mi cuerpo en un combate frente a un monstruo oscuro. Dentro de mí, alguna especie de demonio ansía la acción de forma tal que indirectamente desea el mal de otras personas para satisfacer su voluntad egoísta: la desgracia de otros para aplazar el aburrimiento personal. Y el temor no cesa ni siquiera pensando que quizás es natural sentirse así, que en una de éstas esto que me pasa a mí le ocurre en realidad a todos los bomberos: el asalto de una gran culpa por desear el mal ajeno, mal que justifica su accionar y su existencia como cuerpo al servicio de la comunidad.

Tendría que preguntárselo al teniente. Si él me dijera que este deseo maligno es una sensación estrictamente mía, esto indicaría que el monstruo me ha invadido por completo, que yo mismo soy ese monstruo; pero si pretendiera tranquilizarme diciéndome que ésta es

tiempo; fue delatar el vacío que me rodeaba desde hacía tanto, fue oír tu voz, como el canto de una sirena que se deja oír entre las olas que rompen en un arrecife, olas de gente que come canapés y conversa y ríe. Marie, cómo puedes ser una sirena tan dulce y encantadora y cómo es que te llamo sirena cuando esta otra que suena en el techo también se llama sirena y es insoportablemente chillona e insistente. Esta otra sirena parece gustarle mucho a Marcel, que la prende apenas sube, que maneja como un loco, que casi destroza ese Citroën, tan mal estacionado en la entrada del edificio en llamas.

Hay que bajarse sin demora. Al menos no es una falsa alarma, parece complicado el asunto. Hay que trabajar rápido, el teniente Léger ya envió a Jacques a cortar la luz del edificio para poder entrar en acción. Hay que conectar todo.

Si hay gente allá arriba la única opción será subir por la escalera del edificio; no hay vuelta que darle, es imposible descolgarse a la azotea. Habrá que alistarse, entonces: la subida va a ser larga.

sentado en un sillón del living; hay que usar la cabeza únicamente para cumplir nuestra misión. Ser la cabeza del escuadrón implica usar la cabeza en pensar por los demás, para que ellos tan sólo actúen, no piensen. Así que más me vale concentrarme de una puta vez para que todo salga bien; llegar, diagnosticar la situación, determinar la táctica a seguir, apagar el maldito incendio y volver en el camión, relajados o extenuados, hasta el cuartel; aunque después ir de ahí a casa no sea tan fácil: ésa será una decisión que habrá que enfrentar luego. Epa, parece que ya... ¡Ten cuidado, Marcel!”.

Uf. Bien, cada uno a lo suyo. “¡¿Qué hace toda esta gente acá?!”. Por Dios, siempre lleno de curiosos, parece que no dieran nada bueno en la televisión. La policía se encargará de mantenerlos alejados. ¿Y esos? Ah, los evacuados del edificio, a ver qué me dicen. “En el último piso, sí, eso se ve clarísimo, señora”. En el departamento B están de vacaciones, los gritos que se oían hasta hace un segundo deben ser del A. Ahí vuelve Jacques, pulgar en alto.

“Es en el décimo piso.
Va a ser duro, hay viento del Norte.
Vamos”.

“¡A un lado, Pierre!”. El muchacho no sabe qué hacer, lo ha practicado cien veces, pero aún no sabe nada.

Señalo a Pierre, indicándole que me siga, haciéndole entender con un gesto que entraremos al edificio. Le

una sensación común a todos los bomberos, entonces mi terror se propagaría más allá de mi propia carne, al imaginar que el ansia de desgracia ajena es una especie de criatura transpersonal que nos abarca a todos nosotros con su capa de maldad: su voluntad conjunta de destrucción y muerte sería tan grande entonces, que no dudo que ella sería la verdadera responsable de que ocurrieran los siniestros que nosotros, presurosos, correríamos a extinguir, rebozantes de culpa por lo que nuestros pensamientos han sido capaces de generar.

¡Qué sacudida! Menos mal que Marcel conduce el camión hace mucho tiempo: si no fuera tan hábil al volante nos hubiéramos hecho papilla contra ese auto amarillo. Ahora hay que moverse y no fallar. Todo el cuerpo de bomberos debe funcionar como lo que es, un cuerpo; ninguno de sus órganos puede equivocarse, hay que pensar y actuar sin demora, hay que...

No sé cómo bajaron tan rápido del camión. Bueno, yo ya estoy abajo también, así que manos a la obra. ¿Qué hacer?

¿Eh?, ah, “¡Luc!”. Qué vergüenza: una cosa es no saber qué hacer, otra peor es, encima de eso, estorbarle

Pero, ¿qué le pasa al teniente? En vez de que Paul y yo ingresemos al edificio, ha enviado a Paul como pitonero y él mismo ha encarado la entrada principal, esperando que yo lo siga. ¿Por qué ese cambio? No hay tiempo de discutir órdenes pero, ¿qué es lo que le ocurre? Para colmo, le ha ordenado a Pierre que nos acompañe. El chico se me ha pegado a la espalda y casi me hace tropezar en los primeros escalones. ¿Qué se trae entre manos el teniente Léger? Por lo pronto es la linterna, el edificio está totalmente sumido en la oscuridad. Pierre enciende su propia linterna un segundo después que el teniente. Yo también: apunto el haz de luz a los escalones y veo los talones del teniente Léger, que sube con ritmo parejo.

El muchacho está ansioso, quiere llegar ya mismo al décimo y apagar el incendio de un sólo soplo. Se siente, va pegado a mi espalda y cuando uno de mis pies abandona un escalón, uno de los suyos lo ocupa inmediatamente. ¿Por qué lo trajo, el teniente? Si fuera por Pierre, pasaría corriendo a nuestro lado para llegar arriba él primero. Claro que lo detiene el rigor del entrenamiento y el respeto que siente por nosotros, sobre todo por el teniente Léger, ese respeto que yo sentí alguna vez. Otra cosa extraña: cómo todo se repite, cómo todo es esta escalera que se hunde y se eleva en las tinieblas, cómo ayer yo era un Pierre ansioso, fascinado

digo a Paul que tome mi lugar en vez de que suba con el equipo de salvamento. Me mira, perplejo, pero no le doy tiempo a hablar, sigo impartiendo órdenes al resto. Sé que Paul dominará bien la manguera, tiene la experiencia suficiente; ya corre a su puesto. El hidroelevador alcanzó su altura máxima: desde el octavo piso el potente chorro de agua se lanza a combatir el fuego del décimo. Siento la mirada de Luc en la espalda, preguntándose como todos qué mierda me pasa, por qué yo estoy entrando al edificio con él y no Paul. Y, sobre todo, por qué con Pierre, que tardó unos segundos en asimilar la orden que le di y ahora se nos une corriendo. Oscuridad total: entonces linterna, primer piso, por qué, por qué, se preguntan cada vez más débilmente. Cada uno está en lo suyo pero por dentro todos se preguntan qué hace el teniente subiendo hacia el incendio, por qué me arriesgo a mi edad, tan próximo al retiro, cuál es la razón por la que elijo como compañía al más inexperto del grupo. Por unos segundos, no en forma continua sino como flashes, todos piensan en eso mientras hacen otra cosa; también Luc, detrás mío, ya llegando al segundo piso.

Aunque pudiera explicarles, qué pocas ganas tengo de hacerlo; qué pocas ganas de decirles que ya no importa, que incluso cuando la experiencia de todo oficial de bom-

a los demás... Mejor me hago a un lado y me quedo atento a que me den alguna orden. Puedo colaborar despejando a los evacuados del edificio o...

¿Yo? ¿Me señaló a mí? No entiendo, se supone que, pero bueno, parece que hay cambio de planes, es él quien va a subir al rescate, ya se dirige a la entrada del edificio con Luc. ¿Me llamó a mí?

Qué estúpido, claro que me llamó a mí, si en este rincón no hay nadie más, todos están ocupados en lo suyo excepto yo que estoy... pensando demasiado en vez de correr hacia el teniente de una buena vez. ¡Vamos!

Linterna. Vamos, qué pasa con Luc que no se apura de una buena vez, hay un incendio que apagar, no vamos a un funeral. Imposible utilizar los ascensores, el manual lo prohíbe terminantemente. Me parece que estos dos ya están necesitando alguien que los reemplace, no les da para subir diez pisos con estas urgencias. Claro que su experiencia no se discute, pero... Justamente, pensé que el teniente a su edad ya no tomaría riesgos como el de ir al rescate con el grupo de salvamento. Se ve que las historias que se cuentan sobre él son ciertas: lo de los niños de la casa vecina a la suya, sin uniforme ni nada, los salvó de una muerte segura. Es algo cascarrabias, pero no hay duda de que el viejo es valiente. Luc también es de arries-

con las historias que me habían contado del valiente oficial Léger y cómo Léger era yo, subiendo delante de mí. Y un día Pierre será como yo, caminará entre un teniente y un nuevo Pierre, para subir por la escalera y encontrarse en el cuarto piso de un edificio, Pierre-teniente encabezando a otros dos que un día ocuparán su lugar. Entonces es natural que Pierre tenga el miedo que ahora tiene y que trate de ocultarlo para poder seguir subiendo; es el miedo que yo sentí y que el teniente habrá sentido en su momento. Ay, qué hastío esta linealidad que se pliega en escalones ascendentes, qué ganas de llegar al sexto piso y encontrar una puerta lateral en el descanso de la escalera, abrirla, escapar de lo negro a otra zona de penumbra pero distinta, con sábanas blancas y flotantes. Frenar, salir por el costado para no convertirse en el teniente Léger, salir hacia Marie para seguir siendo Luc.

En el séptimo piso ya hay humo. Respirador, máscara transparente, tubo de oxígeno, clic, ya está. Sí, ya está otra vez... Cuántas veces lo mismo, clic, ya está, parejo siempre, una y otra vez hasta que finalmente es uno el que encabeza el grupo, como el teniente, hacia el octavo piso (muchísimo humo). El muchacho quiere ir más rápido, se va a agitar y va a consumir más rápido el oxígeno de su tubo. Mejor no apurarse, mantener un ritmo parejo, siempre parejo.

beros indica que si se está próximo a la jubilación no hay que jugarla de héroe, ya nada me importa después de haberme enterado de la verdad. Es raro, en el camión quería olvidarme de esa mierda, sacármela de la cabeza para poder concentrarme en el incendio; pero, ya en él, ya frente al fulgor de las llamas contra el cielo negro... no sé, es como descubrir que todo es la misma cosa y entonces entrever que hoy hay que enfrentar el fuego del edificio con este fuego rencoroso que me achicharra. Y qué importa arder por fuera si por dentro ya todo es una devastación: ya no queda nada por quemar, sólo hay una llama de bronca y muelas apretadas, brillo único en lo negro, tal como esta linterna. Quinto: el chico tiene miedo; no hace falta volverse para verlo, se siente en su respiración, en las exhalaciones entrecortadas.

Séptimo piso: radio, Jacques dice que afuera la cosa sigue difícil. Mmm... Ya hay bastante humo. ¡Lo que debe ser arriba! Mierda y la puta digo, por qué me has hecho esto, justo en esta semana... y ya ves, es todo la misma cosa, tenía que ser esta semana para que me diera cuenta, recién ahora y no antes, no en la fiesta del cuartel: ahora. (¡Cuánto humo! Habrá que ponerse la máscara). Maldita curiosidad, por qué no me quedé con lo que me contó Marcel. Pero no: tuve

garse, pero sin duda el teniente Léger es el más valiente de todos.

¿Y yo? ¿Soy valeroso o no paso de las situaciones de entrenamiento? Bueno, por algo me habrá elegido el teniente. Debe ser que percibe en mí algo de la valentía que él tenía cuando era más joven, a pesar de que nunca ha tenido oportunidad de verme en acción fuera de la torre de pruebas del cuartel. Si me eligió a mí tendrá alguna buena razón. El teniente sabe lo que hace, por algo es el que manda.

¿En qué piso estamos? Dios mío, no llevé la cuenta de los pisos. Tendríamos que subir a toda carrera, allá arriba hay gente, al bajar del camión se oían unos gritos desesperados. Se oyeron un segundo y se apagaron, el agua aún no consigue apagar al fuego y mientras tanto el fuego sí va extinguiendo las gargantas. ¿O acaso aquellos gritos todavía suenan en el hueco de la escalera? Debe ser mi imaginación. Tengo que sujetarla, no puedo permitir que el teniente me vea inseguro, por más que los gritos estén ahí. ¿Están ahí? ¡Humo!

Calma, serena esas manos, Pierre.

Equipo de Respiración

Autónoma: se toma el respirador y se verifica su correcta conexión al tubo de oxígeno.

Las correas de la máscara deben estar ajustadas y el visor completamente limpio.

La puerta lateral para escapar no apareció en el sexto, ni en ningún otro piso; la escalera no detendrá su marcha hasta llegar a aquel cielo que arde como el infierno, el décimo piso. La salida, entonces, es apagar el condenado incendio y decidirse a que sea el último, volver mañana mismo al cuartel y dejarle la placa sobre el escritorio al teniente, para no ser él, para no seguir subiendo y convertirme así en el teniente Léger.

Con tanto humo no se ve absolutamente nada. Qué telón de fondo para la imagen de tu rostro, Marie. Pero no, no, ya casi llegamos al lugar, tengo que dejarte; tengo que actuar, olvidarte por unos minutos, tal vez por unas horas, hay vidas que dependen de ello, Marie, compréndeme, debo hacerlo. Ya estamos en el décimo. No me mires así, cuando este incendio termine no habrá más incendios, es el último, te lo prometo, no habrá más nada: tú lo serás todo, siempre, te lo juro, por favor, espérame.

Arrastrarse hasta la puerta del departamento A. El chico va al B. Mejor, el peligro está

que verlo con mis propios ojos y te vi, te vi en su auto, tu cabeza inclinada sobre su brazo, te vi con Luc entrando juntos a ese hotel. Por qué, Marie...

Me ajusto ahora esta máscara, pero tú hace cuánto tiempo que llevas la tuya, hace cuánto me ocultas tu verdadero rostro de hastío. ¿Y Luc? También máscara, que ahora se ha ajustado encima una máscara más, para que la de abajo pueda respirar normalmente entre tanto hollín que flota en el aire.

Por eso seguir hacia arriba por la escalera, cuya negrura ahora es más palpable por el humo, que hace de las tinieblas algo tangible. Hay que continuar, para que el fuego de arriba acabe con el de adentro, para que lo extinga con su presencia más concreta sobre la piel. Preferible arder a regresar mañana a Marie, a tener que decirle que los vi, que lo sé todo.

Décimo. “¡Agáchate, Pierre!”. Mmm... Hay que registrar todo el perímetro. Pierre al B: no será difícil para él, el departamento está vacío. Luc y yo entraremos al otro.

Le indico a Pierre que se mueva hasta la segunda puerta del pasillo, para que verifique el departamento B. Luc me mira con sus máscaras; levanto el pulgar y con la cabeza le hago una seña para que me siga. Nos arrastramos hasta el pie de la puerta, por donde fluye una cascada inversa de humo que se eleva para

Atención: al momento de colocar el respirador debe destaparse el filtro y abrirse la válvula de paso.

Ya está. Vamos, vamos, arriba, arriba...

Las oigo de nuevo. ¡Se queman! Hay personas quemándose vivas en el décimo piso y sólo nosotros las oímos gritar; nosotros podemos salvarlas, únicamente nosotros. El vidrio de esta máscara de mierda se empaña. Claro, si estoy sudando, con este calor... Tenemos que llegar ahí de una vez. Si por lo menos supiera cuánto falta, no se ve nada con todo este humo.

Apenas veo los destellos de las bandas reflectoras del traje de Luc... cuánto pesa este traje, Dios mío. Parece hecho de plomo y no de cuero.

Diablos, sí, agacharse para entrar al sector de incendio. Arrastrarse por el piso, menos calorías, mayor visibilidad: me lo sé de memoria. Y sin embargo, si el teniente no me da el orden con un grito...

Bien, yo al B. ¿Cómo, solo? Vamos, qué me pasa, me moría por estar acá y ahora... Bueno, adelante Pierre, puede haber gente en problemas, ya no escucho los gritos, pero igual, alguien puede estar asfixiándose.

Desde afuera, los muchachos están rociando el frente con el hidroelevador. No hay vuelta atrás,

acá, todavía no sé para qué lo traje el teniente. Voltar la puerta. Uno, dos... ¡tres!

La llamada llegó hasta la otra pared del pasillo, casi me cocino antes de entrar. Claro, el viento es del Norte y las ventanas del departamento están abiertas, al tirar la puerta el fuego salió como de la boca de un dragón. Más vale que ponga más atención. Levanto el pulgar ante la orden del teniente, voy a registrar el dormitorio.

Un verdadero desastre. Estos dos ya están “fijos”, pobres desgraciados. Nada que hacer, más que quitar los cadáveres de las llamas. Están como enredados uno con el otro, sobre un lecho de fuego que los abriga. Qué muerte horrenda. Vamos, Luc, salgamos de aquí. Vamos pronto, afuera te espera alguien azul, rosada, entreabierta, para que le devuelvas el fuego

qué...

...el techo...

no vi que...

...las grietas...

...no puedo moverme,

los escombros...

...teniente Léger...

...ayúdenme...

...el tubo...

...me quedo sin...

...aire...

...teniente...

rellenar todo el pasillo de asfixiante negrura.

A la cuenta de tres, entramos. “¡Cuidado Luc!”. Mierda, si no le pego el grito... Encima eso, tengo que andar cuidando que éste... Mmm, maldita sea, esto está peor de lo que parecía desde la calle. “¡Luc, a la otra habitación!”. Poco se podrá hacer desde aquí con este extinguidor. A ver:

La cocinita es un caldero, imposible entrar, hay grietas en el techo. Parece no haber nadie, salvo el pobre animalito muerto. Un perro o tal vez un gato. Me asomo a un ventanuco, allá abajo los muchachos la pelean parejo. Paul anda bien, lo sabía.

Esto no va a durar mucho más. Y eso es lo peor, habrá que volver antes a casa, a Marie, darle la espalda para no verla y decirle...

¿Qué pasó? “¡Luc!” “¿Me oyes?”. Mierda, es el techo de la habitación, se ha desmoronado. “¡Luc!”. Debe estar inconsciente y el crepitar de las llamas... Si avanzo pegado a la pared izquierda puedo llegar a sacarlo de abajo de los escombros. No son tantos, la viga parece pesada, aunque con la ayuda de Pierre, seguramente... Aquí llega Pierre.

Salvarlo, mierda, justo a él. O no, dejarlo ahí tirado, salvarme a mí de tener que regresar a casa y tener que desenfundarle la verdad a Marie: los vi, perra. En cambio, un

ya estoy aquí frente a la puerta. Habrá que usar la barreta, está con llave.

No pensé que el humo pudiera ser tan denso. Al menos parece no haber llamas. Tengo que registrar todas las habitaciones, puede haber alguien que, durmiendo, no se haya dado cuenta de que... O tal vez sí, pero no tuvo tiempo de salir, con la desesperación y el humo. Ha de ser jodido despertar de un sueño apacible a esta confusión cenicienta, no hallar la salida...

Cocina: limpia, no hay nadie.

Rápido, rápido...

Dormitorio: vacío. Bien, por suerte no hay nadie, el departamento es sólo una caja de humo. Vamos al A, a informarle al teniente Léger.

¡Qué estruendo! ¿Fue en el departamento de al lado? Rápido: Luc y el teniente pueden estar en problemas.

Maldición, en este departamento sí que hay llamas. Adelante Pierre: por el suelo, eso es. No están aquí, deben encontrarse en la cocina o tal vez en el dormitorio.

Dios mío, ¡Luc! Qué ha pasado, esa viga ha caído sobre él. No va aguantar mucho tiempo así, el fuego lo va rodeando y parece que el tubo de su respirador se ha cortado.

“¡Teniente, hay que sacarlo de ahí pronto! Podemos hacerlo, la zona de la izquierda es segura para acercarse a él. ¿Me oye, teniente? ¡Teniente Léger, hay un hombre

...por qué...		pesaroso pobre Luc, no sabés,	muriéndose justo enfrente suyo!".
... ahí, mirando...		murió gritando, quise salvarlo pero	Maldita sea, ¿qué le pasa? "¡Teniente,
	...teniente...	no pude, no sabés cómo gritaba. Y	te, por Dios, escúcheme! Fíjese en
...Pierre...		ella no diría nada: lloraría en silencio	en la penumbra del dormitorio. comen-
	...socorro...	Yo me quedaría con los ojos abiertos	zando a rodearlo por completo,
...Pierre...	...no lo escuches...	en la oscuridad, aliviado de no tener	hay que hacer algo pronto antes que
	...Marie...	que desenmascararle su amor por el	sea demasiado tarde". "¡Luc! ¡Tran-
(ojos azules)		otro, seguro de que ella lo callaría	quilo, vamos a sacarte de ahí! Avancemos
	...auxilio...	para siempre ahora que Luc...	por aquel lado, teniente, esas grietas
(labios entreabiertos)		"¡Atrás, Pierre! No podemos hacer	no parecen ser peligrosas, No va a
		nada, el techo continúa agrietándose.	resistir mucho tiempo más... ¡Pero
(rostro oval, pelo negro)		Ahí, ¿ves, Pierre? Es peligroso	si yo lo oigo, teniente, no podemos
	...Marie...	avanzar, él ya no tiene chance. No	dejarlo ahí! Sí, está claro que es
(negro terciopelo)		grites, usted sabe bien que no	peligroso, pero podemos dejarlo,
		Pierre, es inútil arriesgar una vida	podemos dejarlo, alguien que está
		más por alguien que está prácticamente	muerto. El techo va a no podemos
		muerto. El techo va a desmoronarse	por completo, las llamas se expanden,
		por completo, las llamas se expanden,	no es una zona segura. No hay nada
		no es una zona segura. No hay nada	que hacer: Luc está muerto, ya ni
		que hacer: Luc está muerto, ya ni	siquiera se lo oye, ya está muerto,
		lo oye, ya está muerto, Pierre, escú-	chame y no grites. Se acabó, esto
		chame y no grites. Se acabó, esto	sucede siempre, así es este trabajo,
		sucede siempre, así es este trabajo,	no podemos hacer nada por él. Luc
		no podemos hacer nada por él. Luc	ha muerto, hay que salir de aquí,
		ha muerto, hay que salir de aquí,	hay que volver a casa, ya podemos
		hay que volver a casa, ya podemos	volver a casa".

De *Las alas de un pez espada*.

© Martín Cristal, 1997.

www.martincristal.com.ar